

A veces se gana, a veces se pierde, pero se imagina siempre

En la época del Quijote, salir en busca de aventuras tenía que ser mucho más común o aceptable que en nuestros días, pero todavía se necesitaba una imaginación excesiva para vivir así en serio. En este ensayo intento examinar cómo don Quijote se enfrenta a los conflictos, sean imaginados o reales, que encuentra como caballero andante. En particular, quiero observar cómo (o si) los sucesos victoriosos aumentan esta imagen, y cómo responde a sus varios fracasos en su capacidad de caballero valiente, para preservarlo.

Es obvio que su auto-imagen como gran caballero es esencial en la continuación de la locura y la novela. Es esta ocupación mediante la cual ve el mundo y los problemas que existen en él. Pero su estatus no es sólo el de una clase más alta y educada sino de un hombre armado, cuya responsabilidad es de proteger físicamente a la gente--de entrar en batalla cuando sea necesario, a su discreción cuestionable. Claro que por su edad y flaqueza, ni mencionar sus delusiones, la gran mayoría de sus confrontaciones físicas terminan en su rendición no voluntaria. Aquí intento examinar el concepto que tiene don Quijote de la caballería y cómo está conectado con su estado de locura, en particular a los episodios de la primera parte, cuando su constitución y los choques contra la realidad son más fuertes.

Pondré entonces las situaciones en el contexto interpretado por el mismo don

Quijote, como en cada encuentro la vista de los otros personajes, los lectores, o la sociedad, es de malaventuras de un loco. Sólo en el caso del protagonista, por medio de sus desilusiones, es posible hacer la distinción entre la gloria y la desgracia, la victoria y la derrota. Arguyo que don Quijote construye estas distinciones por medio de su locura, cuya causa tiene una relación bien conectado con su función.

El primer desafío a su valor es el encuentro con Andrés, el criado de un labrador que le azota por haber perdido muchas ovejas de su manada. En este episodio establece y ejerce su superioridad moral, su capacidad de juzgar quién tiene razón y la justicia, y que si fuera necesario él apoyaría sus palabras con la lanza. Con el amago de “concluir y aniquilar” (p. 41) al labrador si no le escuchara a él, don Quijote salva a Andrés de su castigo y da “felicísimo y alto principio a sus caballerías” (p. 41). Prescindiendo de que el labrador vuelve a azotarlo en cuanto sale su salvador, el nuevo caballero toma lo sucedido como triunfo de la justicia y también refuerza su percepción de sí como caballero cuyos juicios se han de respetar. El orgullo de lo sucedido, de recibir tanto respeto, aunque no sincero, del labrador amenazado con la muerte, tal vez le alienta a él que levanta la lanza contra los mercaderes de Toledo en las páginas siguientes.

De ellos recibe la primera ilustración de su debilidad. Él ataca a los mercaderes para defender la honra de Dulcinea, pero acaba fracasado por culpa de caerse del caballo, y además por una paliza dado por un mozo suyo. Pero este episodio no hace sino incapacitarlo por un rato breve; sus heridos físicos no tocaron su espíritu. Como nota

Murillo:

...[T]he physical punishment he suffers confirms his image and fixed illusion as hero-knight. The ability to survive and overcome reverses depends on the force of illusion and power of madness to perpetuate itself, seeking those points of contact between a hostile reality and the reaction and endurance of his imagined,

noble and persecuted knight (p. 41-42).

Es evidente entonces, que por muchos que sean sus derrotas, no va a parar en su caballería loca hasta que alguien le venza física y definitivamente.

La locura de don Quijote, tan necesaria para rebotarse de los reversos, se perpetua con la base psicológica de “reforzamiento parcial” (Gleitman, glossary entries)¹, en lo cual un comportamiento particular--como su locura caballescica--suele continuar con tal de que reciba de vez en cuando (incluso muy rara vez) lo que espera en comportarse así. Para Don Quijote esto es problemático de varias maneras. Lo que busca por medio de la caballería es la gloria y la fama, de ser immortalizado en un libro como sus héroes inimitables (por ser ficticios). Llegando al fin de la primera parte, sí consigue algún tipo de notoriedad, y en la segunda parte (que no discutiré) el personaje se da cuenta de la existencia y buena recepción de su propio libro, escrito precisamente para documentar sus derrotas cómicas, ya conocidas por el país y el mundo.

Estos asuntos cumplen bien con el concepto que don Quijote (man)tiene de la caballería, sugerido por Howard Mancing. Sobre todo, al principio quiere imitar a los caballeros de sus libros hasta que, según Mancing, no hace ni una acción original. Luego, cuandoquiera que encuentre una situación difícil, busca la solución de ella en lo que ha leído. Poco a poco, en monólogos que tienen modelos en los libros, se aclara su propia definición de la caballería y su motivación de vivir por este código. Mancing identifica

1 **partial reinforcement:** A condition in which repeated responses are reinforced only some of the time.

partial-reinforcement effect: The fact that a response is much harder to extinguish if it was acquired during partial rather than continuous reinforcement.

tres componentes claves al que el protagonista hace referencia consistentemente: sus aventuras le ganarán el honor y la fama, tiene una misión y responsabilidad de arreglar lo malo del mundo, y va a efectuar todo con la fuerza de su propio brazo (p. 33).

Mancing también enfatiza el uso de arcaísmos como componente de la caballería quijotesca. En la primera parte, cuando alguien adopta su arcaica manera de hablar--sea para ridiculizar a él o simplemente complacerlo--sirve para extender la percepción de sí como gran caballero. Lo dicho para ridiculizarle, como por ejemplo los mercaderes que asumen un tono de respeto falso, a veces toma en serio y no como insulto, y a veces lo interpreta como un desafío que requiere una respuesta con la lanza. El hablar con él como caballero para seguirle la broma, como hace el ventero, resulta en el tratamiento en especie. Con esto y con el orgullo de salir victorioso en la batalla--construido por su manipulación de la realidad--es suficiente para reforzar parcialmente su locura en un ciclo vicioso que no terminaría sin mucha influencia externa. Mancing arguye que aunque claramente no termina su comportamiento loco, tampoco queda constante o inafectado por la duración de la primera parte. La seguridad en su posición y la misión imaginada pierde sutilmente la fuerza mientras sus interacciones crecen, lo que expone Mancing en la declinación gradual en su utilización de arcaísmos hacia los capítulos finales.

Otro mecanismo defensivo de su valor más necesario que decorativo es su maña de crear excusos instantes por su colección de derrotas. Vemos por primera vez en el episodio de los molinos de viento las travesuras de unos encantadores que han conspirado contra don Quijote. Como nota Mancing (p. 46-47), este excuso no sólo es más creativo que echar la culpa a su noble caballo sino también más versátil, y los encantadores imaginados vuelven a influir mal en su fortuna cuandoquiera que la realidad no conforme a sus planes.

Alejo Carpentier afirma que Cervantes, “con *el Quijote*, instala la dimensión imaginaria dentro del hombre, con todas sus implicaciones terribles o magníficas, destructoras o poéticas, novedosas o inventivas, haciendo de ese nuevo *yo* un medio de indagación y conocimiento del hombre” (citado en Allen, 20). Una parte de las implicaciones magníficas e inventivas de la imaginación quijotesca ha de ser no sólo la creación de su propio mundo de ficción sino también la capacidad resaltante de atacar (o ignorar) la ridiculización, el dolor físico, y la separación de la realidad mientras su propio mundo se quede intacto.

Luego Allen dice que “los primeros lectores del *Quijote* no vieron más que una parodia de los libros de caballería.” Tal vez por esta dimensión imaginaria, “[u]na segunda etapa se desarrolló cuando algunos lectores empezaron a identificarse con el caballero” (Allen, p. 29-30). En este sentido, si no es necesario para todos los fracasos reales (que quizás compongan la mayoría del mundo) crear un mundo alternativo, hasta cierto punto sí es esencial que salgamos a veces de la realidad objetiva, para racionalizar a nuestros errores o transformar los logros más pequeños en triunfitos que definen una vida.

La situación de don Quijote es entonces un asunto de gran escala. Don Quijote no es gente común sino un hidalgo, y cuando quiere afirmar el valor de su vida no bien vivida, aspira como todos, a ser algo más, algo mejor. Su capacidad intelectual, de ser bien leído en un género específico, aumenta a las posibilidades de su imaginación y crea intenciones que extienden allende de ser inalcanzables hasta residir firmemente en la fantasía. Para él no es bastante ser noble o inteligente, ni especialmente un viejo no casado y de poca distinción. Él ha de mostrar como sus propios héroes, los grandes caballeros ficcionarios, y para realizar este meta personal, ha de crear y vencer a los gigantes.

Merece mencionar aquí el trabajo de Ruth el Saffar acerca de Cervantes y sus mensajes en la primera parte que parecen poner el intelecto y la imaginación en “different realms.” En contraste con lo que he dicho, ella sugiere que Cervantes construyó la primera parte con la intención de criticar a las ficciones caballerescas, de retratarlas como “more dangerous [a la imaginación] than enlightening [al intelecto]”(p. 83-84). No fue su intelecto desarrollado por los libros de caballería que le permitía crear una fantasía tan redondo y compleja sino, según los personajes que lo conocían, a pesar de su buen intelecto los libros hinchaban tanto a su imaginación que le conquistó la mente y su concepto de la realidad. Si ésa era la opinión de su época, de su sociedad, o del mismo Cervantes (otra vez insertando su entendimiento de las nuevas pseudo-ciencias, en este caso lo propuesto por Huarte de San Juan, según las notas al pie), hoy día debería acordarme con la vacilación que nos suele ocurrir al separar completamente dos conceptos abstractos que tienen lugar en la mente. Sobre todo, el Saffar enfatiza que aunque los ejemplos son concretos en los personajes (parece que el cura censor tiene razón en su baja evaluación de los libros de caballería), la interpretación ha quedado, si no abierta, tampoco fija.

Pero este debatillo no concierne mucho al protagonista. Él está seguro en el valor de los libros, demostrando un gusto para ellos que excede mucho a lo de los lectores incapaces de apreciar más que su valor de entretenimiento. Don Quijote es único no sólo en tener aspiraciones fantásticas (como cualquier loco o soñador), sino también tiene los medios, el coraje, la porfía, el estupidez--lo que sea, en combinación con la locura de crear y creer, necesario para actuar en ellas. No es necesario exponer a cuantos con aspiraciones sumamente mundanas les falta esta capacidad. Pero también se ve en la primera parte que

ser así único, ilusionado y facultado, no le ayuda mucho, en particular físicamente, en la vida real.

Incluso una “victoria” más heroica como caballero tradicional, la batalla prolongada e interrumpida con el vizcaíno, le causa dolor bastante para romperse con las fantasías--y el código caballeresco--para quejarse. Murillo sugiere luego que el episodio le hace poner más importancia en las victorias morales:

By now we expect the outcome to be pretty much the reverse of what Quixote expects: any attempt to carry out a chivalric adventure in the physical or ‘real’ sense is doomed to comic failure. The only possibility of success lies this side of material reality, in the adventure as a psychological possibility, or, more crucially, in moral implications (p. 65).

Así comienza la desilusión gradual de don Quijote, lo que Mancing describe en un capítulo llamado “*Knighthood Compromised*”. Ya que la realidad incide dolorosamente en la actuación de la fantasía, aunque sus principios no cambian mucho, él intenta imitar a sus modelos más de otras maneras, como por ejemplo hacer penitencia por la honra y el amor de su doncella. Su cambio de comportamiento hacia una valentía más reservada es evidente en que Sancho sí consigue convencer a don Quijote evitar en unos ocasiones el enfrentamiento directo y físico en sus conflictos imaginados. Aunque sea loco, todavía aprende y cambia por sus experiencias reales, igualmente en la derrota como la victoria.

El Saffar nota que la primera parte, “being built on a string of episodes loosely interconnected” (p. 84), quizás como este ensayo, no tiene ocasión natural de concluirse. Murillo, por su parte, observa que la última derrota física que sufre don Quijote, en que parece momentáneamente muerto, “is the indispensable nadir to his reemergence in a third sally” (p. 132) y un mecanismo conveniente para dar fin al segundo. Pero aún incapacitado, su última pronunciación es un caballerismo bastante nebuloso y bien

ilustrativo de su imaginación todavía intacta. Éste, en sumario, es un triunfo verdadero, al beneficio de la locura y los lectores.

Bibliografía

Allen, John Jay. “Introducción” to Don Quijote de la Mancha I (Madrid: Ediciones Cátedra, 2000).

Cervantes Saavedra, Miguel de (Tom Lathrop, ed.). Don Quijote de la Mancha (Newark, Delaware: Juan de la Cuesta, 1997).

El Saffar, Ruth. (1986) “Cervantes and the Imagination.” Bulletin of the Cervantes Society of America 6.1. Available online:
<http://www.h-net.msu.edu/~cervantes/csa/artics86/elsaffar.htm>

Gleitman, Henry. Alan J. Fridlund, Daniel Reisberg. Psychology, 5th edition (New York: W.W. Norton, 2000) Available online:
<http://www.wwnorton.com/gleitman/glossary/P.htm>

Mancing, Howard. The Chivalric World of Don Quijote (Columbia, Missouri: University of Missouri Press, 1982).

Murillo, L.A. A Critical Introduction to Don Quijote (New York: Peter Lang Publishing, 1988)